

LAS FRONTERAS DEL COMPROMISO

Dentro de las casualidades afortunadas para la literatura se insertan hechos como el que un talentoso matemático y físico renuncie en el año de 1945 a la cátedra de profesor de Física Teórica en la Universidad de La Plata, abandone dos años después su empleo en la UNESCO, deje París y se dirija a Italia, que a su paso por Suiza compre una máquina de escribir portátil y, esperando en Zurich tren para Milán, la abra sobre un montón de maletas para empezar su primera novela: *El túnel*.

Sin embargo, si revolvemos todo el asunto, pues —como dice Fernando Vidal Olmos— las casualidades no existen, podemos decir lo mismo de otra manera, sustituyendo la palabra «casualidad» por la de «necesidad» o «disposición». Cuando se empieza a hurgar en la biografía, encontramos hechos explicados por esos impulsos, o sea necesidades.

De esta manera se vinculan la ascendencia italiana del novelista y la conciencia de su existencia como argentino de la primera generación. Factor real en esa cadena de motivaciones si consideramos que la infancia del futuro físico y escritor transcurrió no en una metrópoli cosmopolita, sino en una pequeña ciudad situada en medio de la pampa, trescientos kilómetros al oeste de la capital, donde el antagonismo, y/o en todo caso la barrera entre los niños gringos * y los niños criollos era tan fuerte que de manera palpable revelaba su presencia. Percibir esta barrera, tocarla, significa distinguir la separación que existía para poder realizar en el futuro una síntesis consciente del argentino, del argentino de Buenos Aires —mezcla de español e italiano, irlandés, alemán y judío, inglés, mestizo de provincia, por añadidura de emigración rusa, polaca, croata, serbia, escandinava, húngara y Dios sabe que todavía cuántas más naciones.

(*) Gringos: En Argentina suelen llamarse así a los inmigrantes no españoles.

Esta barrera, este sentimiento de una nueva e incompleta argentinidad puede sugerir la pregunta: ¿Qué significa ser argentino y qué es eso de Argentina? Pregunta que se plantea la gente o la nación en la primera etapa de su crecimiento o en un período de conmociones, de manera parecida a las situaciones que se suscitan cuando rebasan la norma universal de la existencia o en una época de cuestionamiento de los valores establecidos cobra sentido universal la pregunta sobre su importancia y significado. Tal cuestionamiento —¿qué significa ser argentino, chileno, mejicano?— empezó a hacerse la literatura iberoamericana contemporánea significativa cuando apenas iniciaba un diálogo con el mundo después de que habían sido demolidos los cascarones de la imitación y del regionalismo.

Una nueva barrera encuentra el joven de doce años cuando al terminar la escuela en una ciudad de provincia —en la geografía real se llama Rojas, en la ficción, capitán Olmos— es enviado a iniciar los estudios de Ciencias a la ciudad universitaria de La Plata. Esta barrera entre él y lo que le rodea será su timidez provinciana, y su salvación la soledad que le hace ver el mundo de las matemáticas y el primer intento literario.

Más tarde su participación en los movimientos políticos estudiantiles con grupos de anarquistas y marxistas, cuando tenga lugar el encuentro con la interpretación dogmática de la ideología y del eco de la verdad en el tema de los errores y desviaciones en la práctica aplicada despierte en él la desconfianza hacia toda ideología. Entonces la consecuencia será la huida, primero al mundo científico y más tarde a la literatura.

Y todavía más: en París, en los años treinta, la amistad con André Breton, el contacto con el movimiento de los surrealistas, fruto de cuyo contacto es —simplificando las cosas— *Informe sobre ciegos*, la tercera parte autónoma de *Sobre héroes y tumbas*, obsesiva, paranoica visión del mundo cuya lógica de acero entronca con *El túnel*. Digamos, «simplificando», hay, pues, en este caso la conexión recíproca, ya que, como dice Sábato, «*El Informe*, o lo que del *Informe* subyacía en mi inconsciencia, quizá desde que yo era un niño, fue lo que me llevó hacia el surrealismo».

Y, finalmente, sobrepasando hasta el personaje del mismo escritor: su excepcional sensibilidad, el carácter de su responsabilidad común por el hombre y por el mundo provocan una serie de preguntas que pertenecen al campo de la ontología y de la ética, «lo demoníaco», las pesadillas, el papel del escritor maldito que no escribe para agrandar, divertir, ganar dinero o fama, sino llevado por la fuerza interior

de desembrollar los enigmas de la existencia, de desgarrar el velo que tiende la acción del hombre, las zonas oscuras de su psiquis.

La literatura, del mismo modo que el pensamiento humano, desde sus comienzos se dividió en oscura y clara. A la imagen del paraíso siempre la acompañaba una escena subterránea: en una región con leche y miel manando retumbaban las quejas de Job; al triunfo de Gilgamés lo envolvía una lóbrega visión del país sin regreso. La claridad del pensamiento griego fue enturbiada por la «oscura» lección de Heráclito; de la *ratio* cartesiana se burlaban la angustia y desesperación de Pascal, y sobre la idea hegeliana del progreso y del espíritu se cernían la sombra y el terror de Kierkegaard. Los héroes de la literatura eran Lord Jim y Guillaumet, pero también Stawrogin e Iván Karamazow y el individuo desdoblado, la síntesis de Ormuzd y Aryman: el doctor Jekyll y Mister Hyde. El mal —dice Sábato— es la esencia de la existencia humana, «la esencia sin la cual es imposible comprender al hombre. Dios no basta, se necesita al demonio». Los escritores siempre se han dividido en, por una parte, los expertos de su arte de artistas —con cada obra aspirando a la perfección— y, por otra, los que han escrito porque no tuvieron otra salida, esto es, aquellos a quienes sólo la literatura les permitió cargar el peso de la existencia, soportar el sufrimiento propio y el sufrimiento del mundo. Hölderlin, Rimbaud, Lautréamont, Dostoievski, Strindberg, Kafka, Lowry, Genet..., es breve la lista de los mártires de la literatura en la cual se inscribe el autor de *Sobre héroes y tumbas*.

Flaubert —dice Sábato— tenía cierta razón al afirmar *Madame Bovary c'est moi*. Pero no solamente Emma Bovary, sino también Homais, Rudolf y otros personajes que presentan algunas partículas del yo del autor. Con la emanación del ego del autor, presentes en él los estratos del mal, como en alguna parte lo señala el mismo Sábato, en la novela *Sobre héroes y tumbas* está Fernando Vidal, nacido exactamente el mismo día que su creador, aunque lo representan tanto Bruno —su polo positivo— como Martín y Alejandra, cada uno en parte. Los personajes surgidos de la profunda psiquis del escritor, a través de los cuales trata él de comprender y señalarse a sí mismo, son su yo cifrado, más hondo. La literatura, pues, como catarsis, como género de exorcismos y operaciones mágicas en el cual los personajes de novela realizan actos que los autores no tuvieron el valor de realizar. La literatura como liberación del escritor, pero esta liberación puesta al servicio del hombre. En una época en que la crisis de la novela se ha discutido ampliamente —la crisis de la literatura, del arte en general, de su progresiva deshumanización—, Sábato restituye a la